

A detailed illustration of a woman with long, flowing blonde hair and striking blue eyes. She is holding a large, ornate silver key in her mouth. The background is a soft, warm-toned sky with scattered yellow stars and a constellation of white stars. The overall style is painterly and ethereal.

BEATRIZ DE SARA

LA LLAVE DE PLATA

Besties

Books

Beatriz de Sara

La llave de plata



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Beatriz Saracho Bugarín, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

© Del mapa en las páginas 8 y 9: Andrés Aguirre Jurado @aaguirreart

© De las ilustraciones de interior y de cubierta: Tamara Kadoura

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-270-5118-8

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.224-2023

Impresión: Rodesa, S. A.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



En sus ojos azules se reflejaba el millar de puntitos de luz que brillaban aquella noche en el cielo despejado. Ana se encontraba tumbada bocarriba sobre el tejado, disfrutando de la vista del cielo nocturno. Era una de esas noches agradables de principios de otoño. Bajo la luz de la luna, su tez parecía aún más blanca de lo que era en realidad y su largo cabello rubio adquiría destellos plateados. De vez en cuando miraba el reloj. Se retrasaba, como siempre. Tomó una bocanada de aire e intentó dejar la mente en blanco. Todo estaba en silencio, no se oía más ruido que el canto de los grillos desde los jardines de la urbanización.

Vivía a las afueras de Santiago de Compostela, en una pequeña casa blanca de dos plantas, con ventanas de madera y tejado oscuro. En la calle se sucedía una hilera de casas similares, una detrás de otra. Lo único que hacía que la suya fuese especial era el viejo roble del jardín, que en unas semanas cubriría el suelo con un manto de hojas en tonos marrones y que en ese momento lucía verde y frondoso.

Se concentró en las estrellas intentando relajarse. Estaba algo nerviosa por lo del día siguiente, llevaba mucho tiempo preparándose y no quería que nada saliese mal.

—Buenas noches —dijo Bastian asomando la cabeza por el alero del tejado.

Su cabello oscuro caía desordenado sobre unos ojos tan profundos como una noche sin luna. Con agilidad, se descolgó grácilmente desde una rama del árbol hasta el tejado donde ella descansaba.

—Llegas tarde, para no variar —contestó ella enfurruñada.

—Anda, no te enfades. En realidad, la culpa es tuya; si ya sabes que no llego a la hora, no sé para qué sales tan temprano —apuntó él con una sonrisa mientras se recostaba a su lado cuan largo era.

—¡Tendrás morro! —exclamó ella—. Bueno, cuéntame, ¿qué tal el examen de Historia?

—Bastante bien, no era complicado deducir lo que iba a entrar. Después de que el señor Calcaño se pasase dos clases enteras recordándonos lo importante que fue dentro del temario del curso pasado la Primera República... Era fácil hacerse una idea de por dónde irían los tiros. Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—Bien también, no creo que tenga problemas para aprobar. Aunque yo me he pasado una semana repasando todo el temario, no he jugado a la quiniela como otros.

—Solo era una evaluación inicial, Ana. Además, cada uno tiene sus métodos —replicó guiñándole un ojo con gesto divertido.

Aquello se había convertido en una costumbre en los últimos años. Todas las noches se encontraban sobre el tejado de la casa de Ana, salvo cuando el tiempo lo impedía; en esos casos él entraba por la ventana de la habitación de ella para estar a resguardo.

Su pequeño ritual empezó cuando tenían catorce años. Los padres de Ana salían a cenar con unos amigos y le habían ofrecido la posibilidad de ir a dormir a casa de sus abuelos, pero Ana se empeñó en que ya era mayor para quedarse unas horas sola. Pensó en pasar un rato viendo la tele hasta que le entrase el sueño.

Al principio, su plan fue según lo previsto, había puesto una película en la tele del salón y estaba cenando mientras la veía, cuando, de pronto, le pareció escuchar un ruido en el jardín. Se asustó muchísimo: ¿y si se trataba de un ladrón que sabía que sus padres la habían dejado sola? ¿Pensaría colarse en la casa para robar? Era una idea estúpida, seguro que se trataba de algún animal inofensivo que había atravesado el jardín, pero Ana no conseguía quitarse la sensación de pánico del cuerpo. Corrió al teléfono y llamó a la persona que estaba más cerca, deseando que no descolgasen sus padres porque, si aquello era producto de su imaginación, iba a ser muy bochornoso. Por suerte, fue Bast quien contestó al teléfono. «Necesito que vengas a mi casa, estoy sola y creo que hay alguien merodeando por el jardín», le dijo. El chico apenas tardó cinco minutos en llegar, dio una vuelta alrededor de la casa y timbró a la puerta de Ana. Tras abrirle, él aseguró que no había nadie fuera y se ofreció a quedarse para hacerle compañía.

Ana ya iba a responder que sí encantada cuando recordó la promesa que les había hecho a sus padres: les había dicho que no saldría de casa y que tampoco dejaría entrar a nadie. «Espera, no puedo dejarte pasar, y tampoco puedo salir», le explicó decepcionada. No quería que sus pa-

dres pensasen que había aprovechado la oportunidad para invitar a un chico mientras ellos no estaban. Por mucho que se tratase de Bast, seguía siendo un chico, en su casa, por la noche. Pero a Bast se le ocurrió una idea: le propuso a su amiga que saliese al tejado por la ventana de su cuarto y que él treparía por el roble del jardín hasta allí; de esa forma, ni él entraría en la casa ni ella saldría del todo. Romper las normas era su especialidad.

La verdad es que la idea convenció a Ana mucho más que quedarse sola de nuevo, así que cogió una manta e hizo lo que él le proponía. Pasaron allí el resto del tiempo que sus padres tardaron en regresar. Cuando por fin vieron el coche entrar en el garaje, la chica se coló de nuevo por la ventana del cuarto y Bastian se marchó descendiendo por las ramas del viejo roble. Ana nunca llegó a saber si los padres del chico se habían enterado de que había estado fuera hasta tan tarde, pero la realidad es que, a partir de ese día, aquello se convirtió en una costumbre. Al principio no lo hacían tan a menudo, pero con el paso de los años acabaron reuniéndose en el tejado de Ana cada noche, para charlar un rato antes de dormir.

Aquel era su momento. Ambos tenían grupos de amigos diferentes en el instituto y, mientras ella pasaba las tardes estudiando o en el conservatorio, él prefería ir con sus amigos a los recreativos o a jugar al baloncesto. Sin embargo, todos los días se dedicaban ese rato el uno al otro. A pesar de ser tan diferentes, eran los mejores amigos desde que podían recordar. Habían crecido en la misma calle, a unas pocas casas de distancia. De pequeños se pasaban las tardes en la urbanización, montando en bicicleta, jugando a la pelota o buscando tesoros imaginarios. Con el transcurso del tiempo, sus juegos infantiles habían dado paso a una buena amistad y, en los últimos meses, a un sentimiento diferente, aunque ninguno de los dos se había atrevido a reconocerlo todavía.

Sin apartar la vista de la cúpula celeste, Bastian continuó con la conversación:

—Aparte del examen, ¿qué tal el día?

—Bien —respondió ella levantando los hombros—, al salir del instituto me vine directamente a casa a ensayar para la audición.

—¡Qué predecible eres! Pues yo he estado con los chicos en Perkins. Por cierto... ¡Vas a estar de cumpleaños, enana!

—¡Oye, que solo eres unos meses mayor que yo!

—Lo que importa no es la cantidad, sino la calidad —bromeó él—. Han sido unos meses de grandes experiencias que me han hecho madurar muchísimo.

Al escuchar sus palabras Ana no pudo evitar soltar una fuerte carcajada. Él la miró con cara de fingida indignación.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, nada. Procuraré recordar lo maduro que eres la próxima vez que me enfrente a una crisis existencial, está bien saber que puedo contar con la voz de la experiencia —apuntó ella con una sonrisa burlona.

—En ese caso estaré encantado de compartir mi sabiduría —dijo él levantando las palmas de las manos. Mientras, hizo una reverencia con la cabeza como símbolo de burlona abnegación.

Tras su gesto teatral, Bastian se recostó de nuevo y retomó el asunto que realmente le interesaba:

—¿Ya sabes cómo vas a celebrarlo?

—Pues la verdad es que no he pensado demasiado en eso. Supongo que una cena con los de siempre.

—¡No seas aburrida! No se cumplen diecisiete años todos los días, tienes que hacer una fiesta. ¡Anda! —añadió con voz de súplica—, no me obligues a pasar una cena incómoda con tus amigas las estiradas.

—¡No las llames así! Además, ¿quién te ha dicho que te vaya a invitar?

—¿Has visto cómo me miran? Con esa cara de estar oliendo algo desagradable. Si quieres pasar una hermosa velada con las señoritas cara de pedo —dijo mientras ponía la mueca que acababa de describir—, en lugar de disfrutar de mi agradable compañía..., tú misma.

Ella volvió a reírse, quería aparentar indignación, pero era imposible mantener el semblante serio mientras él reproducía aquella expresión. Se quedó mirando su boca fruncida en aquel gesto burlón, hasta que el chico la relajó componiendo una sonrisa de medio lado. Tenía unos dientes bonitos, enmarcados por unos llamativos labios carnosos. Ana se quedó un segundo más de la cuenta perdida en aquella sonrisa. Cuando recuperó la consciencia de dónde estaba, levantó la vista y enfocó la mirada de Bast. Había un brillo de comprensión en aquellos ojos oscuros. «Mierda, se ha dado cuenta de que me he quedado embobada como una tonta. Patético, Ana», pensó la chica mientras se sonrojaba. Dirigió la mirada de nuevo hacia el cielo nocturno, lamentando su torpeza.

—Es broma, claro que estarás invitado, Bast, pero no sé qué haré todavía, tengo que pensarlo —afirmó intentando esquivar aquel momento incómodo—. De todas formas, aún faltan unas semanas, así que hay tiempo. ¿Mañana vendrás a mi audición de violín?

—Mmm... ¿es totalmente necesario?

La chica se incorporó y lo miró con incredulidad.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer?

—Hombre —añadió mientras cruzaba ambos brazos por detrás de la cabeza de forma desenfadada—, la verdad es que se me ocurren unas cuantas cosas mejores que hacer que escuchar a una aprendiz de violinista interpretando las obras de un compositor que lleva varios cientos de años muerto.

—No se trata de ir a escuchar a «una aprendiz de violinista» —lo recriminó ella mientras hacía el gesto de las comillas con los dedos—. Se trata de ir a apoyar a tu amiga.

—Eso no cambia mucho el interés del estilo musical en sí, ¿verdad?

—Pues no te preocupes, no quiero que vengas.

—Iré, tranquila —afirmó curvando ligeramente una de las comisuras de su boca.

Disfrutaba haciéndola rabiar.

—No, de verdad, no tienes que venir. —Ana siguió su discurso con los brazos cruzados—. ¿Que si debería apetezerte apoyar a una amiga en un día tan importante? Pues sí, pero si no es así... qué le vamos a hacer. Tal vez yo deje de ir a tus partidos de baloncesto, porque ¿para qué me interesa a mí ver a un grupo de neandertales como los de tu equipo corriendo detrás de un balón enorme? Que, por cierto, más de una vez ha salido disparado rebotando peligrosamente cerca de mi cabeza. —Bastian sonrió mientras la observaba con expresión divertida, de una manera que a Ana le hizo perder aún más los nervios. Se acercó a él y le apretó los mofletes con una mano, para deformar aquel gesto burlón mientras añadía con expresión seria, muy cerca de su cara—: Borra esa sonrisa. Sabes que yo no me perdería nunca algo que fuese tan importante para ti como para...

Bastian apartó la mano de Ana de un manotazo suave y deslizó la suya por el cuello de ella, obligándola a mirarlo a los ojos. Aquello provocó que interrumpiese su verborrea. Estaban demasiado cerca. Bast pareció entenderlo también, ya que la sonrisa socarrona de su rostro se diluyó de pronto, dando paso a un brillo en su mirada que Ana no había visto hasta ese momento.

Él se acercó despacio, y su característico olor a bosque y cítricos, tan familiar para ella, la envolvió nublándole los sentidos. La chica no entendía muy bien qué estaba pasando, pero le gustó la sensación de euforia que florecía en su estómago. Bastian la miraba directamente a los ojos con intensidad. Ella no se atrevía a mover ni un solo músculo, expectante. Lentamente, él comenzó a trazar círculos con el pulgar detrás de su oreja, y el cuerpo de Ana la traicionó respondiendo con un escalofrío. Como animado por aquella reacción a su contacto, Bast dirigió la vista hacia la boca de la chica y se humedeció los labios lentamente mientras la devoraba con la mirada. Ana ardió de anticipación. No podía apartar la vista de los ojos de Bastian, que la observaban. Y entonces, la besó. Fue un beso suave, cálido. Por unos segundos todo lo que se encontraba a su alrededor desapareció. El corazón de la chica empezó a latir como si fuese a salirse del pecho. Solo podía pensar en aquel olor que la envolvía y en la sensación de los labios de Bast acariciando los suyos con dulzura. Despacio, como si tuviesen todo el tiempo del mundo. Tras ese momento, que parecía haber durado toda una vida y a

la vez solo un instante, él se apartó despacio. Mientras le mantenía la mirada, le colocó el pelo detrás de la oreja sonriendo.

—Sabes que no me perdería lo de mañana. Estás guapa cuando te enfadas.

Ella bajó la vista y se sonrojó tímidamente, demasiado sorprendida aún por lo que acababa de suceder.

—Entonces, tú debes ser el mejor tratamiento de belleza que existe.

Bast dejó escapar una risa cálida. Volvieron a recostarse sobre el tejado mirando el cielo. Ana se esforzaba por aparentar tranquilidad, pero su corazón no estaba dispuesto a colaborar: seguía latiendo a un ritmo demasiado acelerado, tanto que parecía imposible que él no lo escuchase. ¿Qué significaba aquello? ¿Es que Bast quería que dejaran de ser amigos para ser algo más? Y de ser así, ¿acaso ella quería ese algo más? Bueno, lo que estaba claro es que aquel beso le había provocado una fuerte sensación de vértigo en el estómago que parecía no estar dispuesta a desaparecer demasiado rápido.

—No hay nada más hipnótico que el cielo por la noche —aseguró Bastian interrumpiendo sus pensamientos y devolviéndola a la realidad.

—Sí, es fantástico —contestó ella intentando decir algo coherente.

—En serio, la mayoría de la gente prefiere los atardeceres. Para mí no hay nada como la oscuridad del cielo nocturno.

—Mmm... Sí, te entiendo. A mí me pasa algo parecido. —Dejándose llevar por la calidez del momento, se atrevió a confesar algo que normalmente se guardaría por miedo a que su amigo se burlase de ella—: Siempre he pensado que el cielo por la noche tiene algo especial. A veces al mirarlo siento como si las estrellas me hiciesen compañía, como si brillasen para mí con más intensidad cuando las miro. ¿Sabes? Es casi como si pudiese sentir las. No es una masa de luces iguales, si prestas atención, puedes diferenciarlas. Y no me refiero a diferenciarlas por sus nombres como en astronomía, sino por su energía. ¿Es una locura?

Cuando dirigió la vista de nuevo hacia el chico, observó como la miraba con expresión extraña. Incluso se atrevería a decir que había algo de desconfianza en sus ojos.

—Sí, lo sé. Es una tontería —añadió Ana arrepintiéndose enseguida de haberse puesto a hablar de aquella forma sin pensar.

Bast permaneció callado. «Maldita sea Ana, ¿que las estrellas brillan para ti? Contrólate», se dijo a sí misma.

—Creo... que voy a irme ya —afirmó Bastian con un tono incómodo.

—¿Te vas? —preguntó ella mientras el chico se levantaba.

—Sí, se ha hecho tarde.

—Eso es porque tú has llegado tarde —bromeó ella tratando de recuperar el tono jovial de la conversación.

Su intento fue en vano, el ambiente se había enrarecido. En algún momento de sus divagaciones había dicho algo que parecía haber conseguido que él se sintiese incómodo. Eso le pasaba por hablar demasiado. No debería haberle contado aquello.

—Bueno, pues mañana te veo en el instituto —se despidió Ana.

—Sí, nos vemos —dijo él mientras se descolgaba por el borde del tejado.

Se quedó allí quieta unos segundos, sola en la oscuridad, asimilando los últimos acontecimientos. De nuevo, solo podía escuchar a los grillos, que continuaban su serenata como si nada hubiese pasado. Un escalofrío recorrió su espalda, provocando que se encogiera sobre sí misma. Se frotó los brazos y comprobó que se le había puesto la piel de gallina. ¿Había descendido tanto la temperatura o aquella sensación se debía a la gélida mirada que le había dedicado Bastian?

Se levantó con cuidado para no caerse de un resbalón y entró en su habitación por la ventana. Su cuarto no era demasiado grande pero a ella le gustaba. Tenía una cama doble con un cabezal sencillo de barrotes blancos y una colcha en tonos malva; aunque su rincón favorito era el banco de madera que había bajo el alfeizar, con cojines de colores a juego con la colcha. Apoyó los pies en el suelo y, al levantar la vista, se encontró con su propio reflejo en el espejo de tocador que había en el lado opuesto de la habitación, junto a su escritorio. Su palidez contrastaba con sus mejillas sonrojadas por el frío. Tenía el pelo enredado por haber estado tumbada sobre el tejado. «Menudo aspecto para un primer beso. Normal que Bast haya salido despavorido», bromeó consigo misma para intentar deshacerse de la tensión.

Cerró la ventana y se dirigió al baño con aquella sensación incómoda pegada todavía a la piel. Se cepilló el pelo y se lavó los dientes meticulosamente pensando en qué podía ser exactamente lo que le había hecho reaccionar así. Al acabar, regresó a su habitación y se puso el pijama. ¿Y si había sido por el beso? No, no podía ser. Aquello había estado bien, o eso creía ella. Al recordarlo, no pudo evitar sonreír y el rubor volvió a teñir sus mejillas. En ese momento, la sensación desagradable desapareció dando paso a una fuerte corriente en su estómago. Se acostó en la cama y comprobó su teléfono por si él le hubiese escrito algo. No tenía ningún mensaje pendiente. Apagó la luz y se quedó dormida recordando el cálido momento que acababa de suceder hacía tan solo unos minutos.

Aquella noche Ana tuvo un sueño intranquilo, tanto que al día siguiente no sabría decir si se había tratado de un sueño o una pesadilla. En su mente se mezclaron la cálida imagen de Bastian sonriendo y la gélida mirada de unos ojos oscuros que la acechaban desde las sombras.

Al otro lado de la calle, un chico de diecisiete años permaneció toda la noche despierto. ¿Acaso era lo que parecía? Y de ser así..., ¿cómo podía haber pasado todo ese tiempo en sus narices sin que se diese cuenta? No debía engañarse, en realidad estaba claro y, cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. No podía ser otra cosa. Tenía que tomar medidas y tenía que hacerlo rápido.